

tórico debe ser incorporado, las experiencias productivas, organizativas, creativas de nuestra sociedad (tradicional) deben ser estimuladas y no destruidas.”

Por mi parte me malicio que el diagnóstico, que comparto, serviría para enjuiciar demasiados casos de modernización, incluidos los más, por no decir todos, los de los países capitalistas centrales del Norte.

*Miquel Izard*

**Tuñón, Julia *Mujeres en México, Recordando una historia, CONACULTA, 1998***

Merece atención la reedición corregida de esta historia de las Mujeres en México - aparecida por primera vez diez años antes - que arranca en la época mexica y acaba con la crisis de 1980. Aún no es frecuente encontrar obras de tiempo largo como está en la historiografía de las mujeres y el género, hechas con rigor conceptual, fuentes (cronistas de Indias) y bibliografía bien seleccionada.

Su autora, Julia Tuñón, es historiadora investigadora del INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) en dónde participó en el Seminario de Estudios de la Mujer, así como profesora de Historia de las Mujeres en el PIEM (Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer) del Colegio de México. No sólo lo anterior la avala, junto a ello lo más importante, ser una apasionada de la historia que la ha llevado - como ella misma expresa en la Introducción - a una búsqueda continuada de las mujeres en aquella, tratando de corregir el espejismo historiográfico que las ha distorsionado mostrándolas como naturaleza, amantes o heroínas, porque “la historia puede otorgáles una memoria”, una memoria que esté más de acuerdo con lo que ha sido su participación en la historia. De ahí su objetivo de “estudio del sujeto histórico femenino inscrito en el proceso nacional”, junto a abrir otras opciones de estudio y difundir inquietudes. Con un relato ágil, sugerente y rico y un enfoque en el que se entrecruzan las problemáticas de género, clase y raza, constantemente jerarquizadas por la diferencia sexual, Tuñón construye una obra de primera consulta a la hora de abordar la historia de las mujeres mexicanas.

El recorrido histórico, a mi juicio, contiene tres puntos culminantes representados por tres arquetipos: Malinche que significa la sexualidad, Sor Juana el intelecto, y la Virgen de Guadalupe la maternidad abnegada. El primero, cie-

rra la época azteca presidida por un orden divino en el que los principios masculino y femenino son opuestos y al mismo tiempo complementarios, junto a un orden humano dónde la jerarquía masculina y guerrera se impone al orden femenino reproductor y doméstico. Pero también Malinche abre el tiempo mestizo de la Nueva España colonial en dónde a la diferencia sexual se articula la diferencia cultural en un patriarcado virreinal, continuador del anterior azteca, en el que el elemento religioso católico añade nuevos significados de género, que se transmiten a través de una educación sexista y diversificada según la clase social. La búsqueda de la libertad por la mujer al interior de ese orden social es representada por Sor Juana, y paradójicamente y desde luego excepcionalmente aquella se encuentra en el ámbito conventual. En el siglo XIX se constituye definitivamente el paradigma de María, la guadalupana, como modelo de mujer, madre y esposa. Al mismo tiempo, el contexto histórico discursivo del porfirismo ofrece explicaciones científicas, que avalan la naturaleza inferior de las mujeres en cuanto al raciocinio y su superioridad moral cuando cumple con sus deberes afectivos y de servicio, en un proceso contradictorio en el que se sublima la feminidad mientras la realidad impone una subordinación implacable. La Revolución hace saltar por lo aires barreras y más allá del estereotipo de “adelitas”, Tuñón rescata mujeres participantes en todos los bandos: antireleccionistas, magonistas, villistas, zapatistas, carrancistas, etc. Hacen de militares, correos, espías, empleadas, transportistas de armas, costureras, enfermeras, maestras, secretarías, periodistas... Pero la igualdad de derechos inscrita a medias en la Constitución del 1917 hace que el feminismo se construya en un proceso largo aún inacabado. La obra muestra desde las sufragistas libertarias de principios de la Revolución a las del Frente Único Pro Derechos de la Mujer del cardenismo, que no les reconocerá el voto, lo hará Ruíz Cortines en 1953. Continúa con el feminismo de los setenta presionando para las tímidas reformas legales de 1974, hasta el feminismo presente desplegado ya en múltiples manifestaciones: prensa, revistas, editoriales, Centros de Investigación y de Estudios, ONGs, colectivos culturales y artísticos.

En fin, un fascinante viaje histórico no exento de transformaciones en la vida de las mujeres, de las múltiples mujeres (ricas, pobres, de clase media, indígenas, negras, blancas, mulatas y mestizas, niñas, adultas y ancianas) que contrastan con la permanencia de significados de género que siguen hablando de jerarquía entre los sexos y exclusiones políticas, sociales y económicas. Esto hace preguntarse al final de la lectura: ¿cómo se ha inscrito el género, de qué cualidad son sus huellas tan profundas?, ¿cómo llegar hasta ellas, cómo borrar sus signos y significados?. Lo cierto es que historiar el género nos acerca a la explicación de su naturalización. Hoy sabemos mucho más de cómo actuó en el caso de México.

**Lola G. Luna**